

MITOS SOBRE EL ENVEJECIMIENTO

Por: María Amelia González Braniella

Cuando se llega a la adultez mayor, en algunas sociedades a partir de los sesenta años y en otras como lo establece la Organización Mundial de la Salud -O. M. S.- a los sesenta y cinco años, se van tejiendo mitos y prejuicios relativos a la vejez que responden a un pensamiento discriminatorio y limitante. Entre ellos se encuentran:

El mito de la improductividad

Debemos valorar que muchos, a pesar del retiro laboral continúan transmitiendo valores, experiencias y habilidades a los jóvenes, con lo que se garantiza la continuidad de oficios, servicios y actividades en todos los órdenes. La labor educativa, ejemplar y formativa es una forma de sentirse útil y de incorporarse a la comunidad en un proceso constante y continuo estableciendo un intercambio basado en el respeto y la responsabilidad.

El Adulto Mayor se convierte en un obrero familiar y comunitario potencial en la solución de problemas de la vida cotidiana laboral, donde además de su experiencia, desarrolla ingenio y participa de forma activa en la gestión familiar comunitaria. Cuántos ancianos aprenden nuevos oficios, incluso aquellos del sector intelectual o con profesiones sedentarias se desarrollan en esferas insospechadas. Debemos tener en cuenta el desarrollo de aficiones laborales como la carpintería, jardinería, “labores de aguja”, albañilería, diseño y muchos otros que comienzan a redescubrir, no solo con un fin utilitario, sino también desde una perspectiva educativa- terapéutica.

El mito de incapacidad creativa y de realización personal de sueños pospuestos.

La creatividad no tiene límite de edad, muestra de ello son obras magníficas en la literatura, la música, las ciencias y las artes plásticas, entre otras, cuyos autores al concebirlas ya tenían más de sesenta años. La imaginación creadora en el Adulto Mayor debe ser estimulada a partir del vínculo experiencia-potencialidad, la cual subyace en espera de una oportunidad de expresión. No podemos olvidar que los creadores van

madurando su proceso creativo e incorporan nuevas ideas en el devenir de su historia personal. La valoración de su obra y el reconocimiento social hacen que si bien no pueden en un momento determinado ejecutar por ellos mismos sus proyectos, pueden aglutinar e involucrar a personas de otras generaciones para que pongan en práctica sus fantasías creativas.



El mito de la desvinculación y falta de compromiso.

El ansia de vivir de la inmensa mayoría de las personas adultas mayores favorece el encargo social y eclesial al cual están llamados los miembros de este grupo poblacional. El hecho de que no exista un horario laboral estricto no implica que no haya un compromiso y una responsabilidad familiar y comunitaria en los cuales se desenvuelven; sienten la necesidad de sentirse útiles, dan sus opiniones y toman decisiones, que le permiten reforzar su sentido de pertenencia y su compromiso grupal-comunitario con un alto grado de participación. No hay mayor sentido de la responsabilidad que el del Adulto Mayor. Su sistema de valores lo hace inflexible en eso de “dar su palabra” y estar presente en eventos, ya sea familiar, grupal o comunitario. Se consolida la socialización y el deseo de ser tenidos en cuenta a la hora de tomar decisiones. El desempeño de un rol asignado facilita la integración activa, y el proceso comunicativo intergeneracional estimula la autogestión y el trabajo en tareas de bien común. La necesidad de corregir errores y crear nuevas expectativas para él y los demás, lo ayudan a crecer en su dimensión sociocultural.

El mito de la senilidad unido al “somos demasiado viejos para aprender”.

En estos momentos mucho se habla de la educación permanente. La educación formal e informal desempeña un papel importante en la socialización del Adulto Mayor, convirtiéndolo en un ente activo de la promoción cultural en su más amplio concepto. Los esfuerzos educativos deben estar en consonancia con la convocatoria al saber, desde la participación, lo cual permitirá una toma de conciencia de sus derechos, deberes y de su responsabilidad en la transmisión de valores y experiencia.

La asimilación de nuevos conocimientos puede tener lugar a cualquier edad; solo requiere que las personas de mayor edad, en un aprendizaje efectivo, posean mayor tiempo y estímulos motivantes. La vejez es un período útil, con satisfactores y potencialidades a descubrir, esto favorece el aprendizaje a partir de un circuito retroalimentación-educación permanente lo cual garantiza y mejora la calidad de vida, su autoválidismo, autoestima y los prepara como agentes de cambio social y eclesial.

El mito de la edad dorada

El Adulto Mayor está sometido a un mayor estrés que otros segmentos poblacionales. La enfermedad, jubilación, pérdida de seres queridos, discapacidades y otras causales contradice la idea optimista de que esta edad es para no preocuparse, realizarse plenamente, y ser el centro de la familia y la comunidad, siendo su única preocupación esperar pacíficamente el final. Los cambios en los sistemas de valores de las generaciones jóvenes y las diferencias en las cuotas de saber y poder en el mundo moderno hacen que el llegar a viejo se convierta, en algunas latitudes, en una tragedia.

La transformación de la dinámica familiar, el cambio de rol del Adulto Mayor y las dificultades a las cuales se enfrenta este grupo, nos hace pensar que su bienestar no está en “la importancia museable”, que algunos le confieren, sino en la verdadera promoción de una dimensión cultural del desarrollo y en la dignidad de la persona.

Rotos los mitos y desterrados los prejuicios, los Adultos Mayores pueden empezar a realizar aquello con lo que siempre soñaron, pero no pudieron o no

supieron. En alguna medida, es el momento de disfrutar la retribución social del trabajo y el esfuerzo de años, llenar espacios con procesos creativos y de crecimiento personal y espiritual, de orar, pintar, bailar, cantar, narrar, escribir, dedicarse a ejercitar su cuerpo, la memoria, ampliar su lenguaje y conocimiento, estimular su imaginación, contemplar la naturaleza entregar lo mejor de sí al servicio de los demás, y crecer en el amor fraterno.

